

¿QUÉ LUGAR PARA LA AGRICULTURA Y LOS AGRICULTORES EN LOS TERRITORIOS?
LAS GRANDES RUPTURAS

La característica predominante de la agricultura en los países desarrollados es su *extraordinaria diversidad*. De la misma manera que existen diferentes agriculturas norteamericanas (Charvet, 1996) puede hablarse de **las tres Europas agrarias**: a) el modelo de agricultura familiar de la Europa del Norte, bien dimensionada económica y superficialmente, en el que predominan las formas de agricultura familiar muy profesional y con altos rendimientos; b) la agricultura de la Europa del Sur, en parte productiva y en parte asistida, sometida a un inacabado proceso de ajuste y modernización, en la que junto a la existencia de grandes explotaciones extensivas y enclaves de agricultura intensiva, los rasgos dominantes son la existencia de explotaciones pequeñas y muy pequeñas —dos tercios tienen menos de 5 hectáreas— al frente de las cuales existe un titular mayor de 55 años en más de un 60 % de los casos y sin sucesión asegurada, bajos rendimientos, menor grado de profesionalización y una presencia notable del trabajo a tiempo parcial, y c) las agriculturas de los países de la Europa Central y Oriental, en plena transición, ahora obligadas a «homologarse» tras su incorporación a nuevos Estados miembro de la Unión Europea, tras un paréntesis de casi medio siglo de imposición de un modelo de inspiración comunista. Desde comienzos de la década de los noventa afrontan procesos de cambio cuya profundidad sólo puede equipararse a las transformaciones ocurridas en esa parte de Europa inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial.

Diferentes agriculturas, con dinámicas en ocasiones contradictorias, con retos e incertidumbres diferentes en cada caso, que aconseja la necesidad de hacer análisis desde la escala subregional para aprehender las diversas ruralidades y los diferentes «contextos agrarios» existentes (Lamarche, 1996; Jollivet, 1997; Colino, 2002). En el caso del modelo del «Sur», el problema fundamental reside en su viabilidad a largo plazo y en cómo abordar procesos de reestructuración que supondrá la reducción masiva de «micro» explotaciones de dimensión económica inviable y, en su caso, de adaptación de otras a la nueva situación (CE, 1997: 30-39). En el modelo del «Norte» el reto fundamental está en cómo hacer conciliables agricultura, territorio, medio ambiente, consumo y sociedad, en un contexto en el que las prácticas agrarias son cada vez más «contestadas» por la sociedad (Frows, 1998). El modelo del «Este», obligado a desandar un camino por el que ha transitado durante más de cincuenta años, todavía ha de recorrer un largo y duro camino de normalización jurídico-política (Rey, 1996; Granberg *et al.*, 2002; CE, 2002a), de modernización y ajuste y de introducción de prácticas más sostenibles y seguras. Como ya ocurriera en el caso de la Alemania del Este, su incorporación a la Europa comunitaria va a ser de extraordinaria importancia porque al incluirse en la Europa rural asistida, le permite beneficiarse de un amplio conjunto de políticas en este caso fundamentales para reducir la brecha que les separa de otras agriculturas europeas y especialmente para eliminar el alto nivel de pobreza rural existente.

Si se analizan algunos datos básicos referidos a densidad de población, participación de la agricultura comunitaria en el PIB, número, tamaño, dimensión económica y evolución del número de explotaciones, tiempo de dedicación, características del empleo agrícola, participación del empleo agrícola en el total o porcentaje de titulares